

Una historia familiar

María Carolina Vásquez Narváez

Cada vez que hay una reunión familiar, es nuestra costumbre contar las historias raras. Pero al final, siempre van a contar las mismas historias bochornosas de mis primos, de mis hermanos y de mí, sin importar que ya todos nos las sabemos de memoria.

Siempre pasa lo mismo. Todos se ríen de lo que no los involucra porque cuando llegan a la parte donde eres el centro de atención, hay que actuar como si no te importara, para que ellos sepan que no causa ningún efecto en ti. Así sea lo más vergonzoso que te haya sucedido. Porque si te enojas, aunque sea un poquito, das pie para que sigan y sigan molestándote.

Creo que mi historia ha sido contada por más de siete años, y es así:

Era un domingo en familia. Ese día fuimos a almorzar en Simón Parilla para celebrar el cumpleaños de mi tío. Cuando llegamos allá, mis primos, mis hermanos y yo salimos corriendo a ponernos los vestidos de baño para ir a la piscina y a los diferentes juegos. Había un juego en especial que todo el mundo estaba probando. No recuerdo el nombre, pero sé que tenía dos postes: uno al inicio y otro al final. Ambos estaban conectados por un cable.

Yo veía cómo todo el mundo se agarraba del palo, bajaba por la cuerda y antes de llegar a la parte final se soltaba. En realidad, era un juego muy sencillo. No era tan peligroso como para no montarme. Todos estábamos haciendo la fila y a mí me entró en la mente esa duda de si me tiro o no me tiro. Algo me decía que los nervios no me iban a dejar.

En fin, ya me tocaba a mí. Nos íbamos a lanzar mi hermano y yo, y muy en el fondo, sentía que alguien me hablaba explicándome qué hacer cuando estuviera cerca del final. Pero no entendía nada. Lo que me decía se me salía por el oído sin antes ser procesado por mi mente.

Todo fue tan rápido que sin darme cuenta ya estaba volando.

Y no puedo mentir. Al principio fue muy chévere. Se sentía una adrenalina bacana, pero cuando ya me estaba acercando al último poste, se me olvidó qué hacer. Solo escuché decir a mi hermano ¡María! ¡Tírate! Pero los nervios no me dejaron reaccionar. No me podía soltar porque yo sentía que eso era muy alto y pensé que me podía lastimar.

Mientras pensaba, me estrellé con el poste y la velocidad con la que iba me hizo soltar. Lo último que recuerdo fue haber caído como una arepa en la arena. Me dolía todo. Pero lo peor fue ver a mis hermanos y primos muertos de la risa. En ese momento supe que esta historia iba a ser contada por mucho tiempo y que nunca se iba a superar.